

## UN FENOMENO DE APARENTE REDUNDANCIA \*

POR

ANTONIO TORRES FERNÁNDEZ

**L**AS consideraciones que ofrezco a continuación, fruto de un prolongado contacto con diversos campos de investigación filológica, reflejan, en buena parte, experiencias adquiridas durante una labor docente que emprendí bajo la dirección y por encargo del Profesor Gonzalo Maeso. Por eso me ha parecido ofrecérselas en este homenaje a su labor de investigación y dirección académica, lamentando que la premura del espacio y el tiempo, y el agobio de ocupaciones no permitan desarrollar el estudio ni en sentido horizontal —los ejemplos podrían multiplicarse— ni —sobre todo— en sentido vertical, tratando de profundizar en lo que hay detrás del fenómeno, a la luz del complicado —y, hasta ahora, relativamente poco esclarecido— juego entre diacronía y sincronía.

El fenómeno en cuestión es el conocido hecho de que, en casi todas las lenguas, cuando un determinado elemento

\* En las citas bibliográficas, los números que no vayan precedidos de la abreviatura p. se refieren a apartado o párrafo

morfemático<sup>1</sup> ha perdido, por las razones que fuere —“desgaste por el uso”, según las teorías clásicas de la lingüística diacrónica— su valor semántico<sup>2</sup>, o, simplemente, ha quedado irreconocible, puede ser sustituido —sin dejar de aparecer, al menos de forma velada— a) por otro indicador que ejerce las mismas funciones; o bien —y es lo que ocurre en la mayoría de los casos que vamos a señalar— b) por el mismo indicador, que se añade de nuevo.

Los ejemplos están espigados, al azar, en el campo de cuatro lenguas distintas: la castellana, que nos puede servir como prototipo más cercano, y las tres bíblicas, hebreo, arameo y griego.

#### A. *El modelo castellano “de donde”*

Como decía antes, he empezado el análisis del fenómeno por un ejemplo fácilmente observable en la evolución diacrónica del castellano, para que nos sirva de modelo más próximo. Y vaya también por delante una petición de disculpa a mis antiguos colegas de especialidad en filología hispánica, por entrar en un terreno que hace años abandoné.

Compuesto, al parecer, del elemento relativo-indefinido *qu-* y de un sufijo *-de*, que aparece también en *inde* y, probablemente, esté relacionado con la preposición-preverbo *dē*<sup>3</sup>, el adverbio relativo-interrogativo *unde* ocupaba, formando trilogía con *ubi* y *quo*, el estrato semántico de las relaciones de procedencia. Su derivado castellano primitivo *onde* conservó ese sentido durante una gran parte de la Edad Media. Pero, ya en el siglo XIV, pudo pasar a adoptar el significado de reposo; con lo que se empezó a sentir la necesidad de reforzarlo con la preposición *de*, resultando la variante *donde*. Variante que, a su

<sup>1</sup> Utilizo la expresión sin un sentido técnico demasiado preciso. Vendría a ser equivalente a lo que A. Martinet llama “monema funcional”. Cf. A. Martinet, *Elementos de Lingüística General* (Madrid 1972), pp. 139-140.

<sup>2</sup> Tampoco empleo el adjetivo “semántico” con un sentido excesivamente técnico. Es evidente que aquí no se tratará, fundamentalmente, de valor lexicográfico, sino funcional.

<sup>3</sup> Cf. A. Ernout-A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue Latine* (Paris 1967), s.v. *inde*, *ubi*, *unde*.

vez, llegaría a perder su claro sentido de procedencia, para pasar a adquirir un valor ambiguo que permitía su uso con verbos de reposo o como término de movimiento. Y con ello, se llega, ya en los albores del XVI, a la creación del adverbio compuesto *de donde*<sup>4</sup>. La evolución, por supuesto, hubo de ser bastante complicada, entre otras cosas porque, en su primera etapa, es simultánea al uso del adverbio *o* < UBI, con su variante *do* (que tendría, en principio, sentido de procedencia, para pasar, en seguida, a adoptar la idea de reposo). Hubo, evidentemente, épocas de ambigüedad en el uso de las partículas. No es mi intento entrar en un terreno que no me pertenece. Pero, simplificando mucho las cosas, y para el fin puramente ejemplificador que se pretende dar a este primer apartado, podríamos, quizás, resumir la evolución en el siguiente esquema<sup>5</sup>:

Reposo:	<i>UBI</i>	<i>o</i>	<i>do</i>	<i>onde</i>	<i>donde</i>
Procedencia:	<i>UNDE</i>	<i>onde/do</i>	<i>onde</i>	<i>donde</i>	<i>de donde</i>

Las consecuencias que queríamos sacar de este primer escaqueo en un campo filológico: cuando un morfema que sirve

<sup>4</sup> Cf. J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (Madrid 1954), s.v. *donde*.

<sup>5</sup> Prescindo de las relaciones de lugar "a donde" (término del movimiento), para las que se suelen emplear los mismos adverbios que indican reposo, con la posibilidad de que se les anteponga la preposición *a*. El latín *quo* no ha dejado, que yo recuerde, reliquias en castellano. La explicación que insinúa Corominas para esclarecer la pérdida de *o* y su sustitución por *do*, a saber, la homofonía del primero con la conjunción *o*, habría que aceptarla en sentido muy restringido: como mero coadyuvante del fenómeno (así, por otra parte, parece insinuarlo el mismo Corominas). Como me ha hecho notar un colega, la explicación no valdría ni para la sustitución práctica de *ove* por *dove* en italiano, a pesar de no haber homofonía con *o*; ni para la pervivencia de *où* en francés, no obstante su cuasi homofonía con *ou*. Por otra parte, la acumulación de morfemas podía darse ya en latín, en casos como *deinde* o *exinde* (cf., más adelante, el modelo helenístico *apò makróthen*). Y habría que recordar expresiones latinas como *desuper*, *de nocte*, *de prima uigilia*, en que el primitivo sentido de orientación a partir de un determinado punto de referencia, espacial o temporal, terminó por quedar prácticamente neutralizado. Por supuesto, en el paso del latín al romance, se produjeron otros muchos casos de acumulación de morfemas. Basta recordar locuciones como

de indicador de una determinada función pierde su nítido valor semántico; o, quizás dicho de otro modo<sup>6</sup>: cuando se deja de reconocer su presencia como efecto de la evolución fonética, puede añadirse de nuevo. En nuestro caso, y partiendo de la hipótesis de que el sufijo *-de* de *unde* es idéntico a la preposición-preverbio *dē*<sup>7</sup>, el indicador aparecería tres veces en el mismo sintagma<sup>8</sup>. Sólo que la inmensa mayoría de los hablantes de lengua castellana no son conscientes de su presencia, si no es en su último estrato: el elemento preposicional *de*, que, en trilogía con *a* y con el elemento cero (en la lengua hablada, frecuentemente reemplazado por *en*), sirve en castellano actual para estructurar las tres expresiones clásicas de procedencia o término de movimiento y reposo.

*desde* < DE EX DE, *contigo* < CUM TE CUM, etc. Pero no era nuestro objeto sino dar un espécimen, con objeto de aclarar el proceso en otras lenguas. También estaría relacionado con el fenómeno que estudiamos el uso de régimen con preposición en verbos compuestos de prefijo idéntico —fonética o, al menos, funcionalmente— a la preposición del régimen. Por citar algún ejemplo, espigado al azar, recuerdo dos pasajes de griego neotestamentario: *sullaloúntes tōi Jēsoū* (Mc 9,4), frente a *sugkathēmenos metā tōn hupēretōn* (Mc 14,54). El mismo colega antes aludido me hizo caer en la cuenta también del paralelismo existente entre los usos de adverbios griegos como *ésōthen* y *éxōthen* con sentido de procedencia neutralizado, a que nos referiremos más adelante, y expresiones latinas del modelo DE INTUS > fr. *dans* (y su evolución posterior en *dedans*, *au dedans*, etc.), DE FORIS > fr. *dehors*, etc. (cf. A. Meillet, *Historia de la lengua latina* [Reus 1973] p. 177). Pero un estudio más detenido de estas formas nos llevaría demasiado lejos, y nos apartaría del propósito, meramente ejemplificador, de este primer apartado.

<sup>6</sup> Como insinué más arriba, no es mi propósito entrar en detalle en el complicado tema —replanteamiento de la bizantina cuestión sobre la prioridad del huevo o la gallina— de si la aparente redundancia de monemas funcionales se produce para paliar el “desgaste” fonético-semántico de uno de ellos; o si esa neutralización del valor semántico y posterior eliminación fonética es consecuencia, precisamente, de la redundancia de su utilización. Sin más ánimo que el de aludir al problema, me remito a las atinadas observaciones de E. Alarcos, *Lingüística estructural y funcional*: en R. Lapesa (coord.), *Comunicación y lenguaje* (Madrid 1977), pp. 47-61 (espec. pp. 60-61), y al libro de A. Martinet, *Economía de los cambios fonéticos. Tratado de fonología diacrónica* (Madrid, 1974).

<sup>7</sup> Ernout-Meillet, *o.c.*, s.v. *inde*.

<sup>8</sup> Corominas, *l.c.* Tampoco entro en pormenores sobre el significado del término “sintagma”. Según E. Alarcos (*a.c.*, p. 58), sería “la combinación de signos mínimos que pueda funcionar auténticamente”.

### B. *El modelo helenístico "apò makróthen"*

Por su coincidencia semántica con el ejemplo anterior, y aunque representa un modelo diverso de evolución —el monema sobreañadido es distinto, aunque con idéntica función—, podríamos recordar el uso, conocido por todos los que han tenido que ocuparse con el griego bíblico, de la locución neotestamentaria *apò makróthen*, que se documenta en catorce pasajes del Nuevo Testamento<sup>9</sup>. Lo interesante para el objetivo de nuestro trabajo es el, al menos aparente, pleonasma de la construcción<sup>10</sup>, ya que la función de ambos monemas, *apò* y *-then*, parece ser idéntica. El fenómeno ha sido diversamente interpretado. En general, se ha visto en él<sup>11</sup> un caso de debilitamiento del sentido originario del sufijo<sup>12</sup>, debilitamiento que se trasluciría también en el uso del sufijo en expresiones en que no queda, o es difícil captar, la idea de '[movimiento] desde' un punto determinado<sup>13</sup>. Si consultamos la última edición de la clásica gramática de griego neotestamentario, por Blass-Debrunner<sup>14</sup>, nos encontramos con la siguiente clasificación<sup>15</sup>:

<sup>9</sup> Mt 26,58; 27,55; Mc 5,6; 8,3; 11,13; 14,54; 15,40; Lc 16,23; 18,13; 22,54; 23,49; Apc 18,10.15.17. El adverbio en el Nuevo Testamento sustituye a *pórrōthen*, sólo documentado dos veces (Lc 17,12; Hb 11,13).

<sup>10</sup> Así lo considera, por ejemplo, M. Zerwick (*Analysis Philologica Novi Testamenti Graeci* [Roma 1953]), en sus comentarios a los pasajes citados.

<sup>11</sup> Y en casos paralelos, como *ek paidiōthen* (Mc 9,21) o *ap'ánothen* (Mt 27,51; Mc 15,38).

<sup>12</sup> Así, A.T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research* (London [1914]) p. 300: "The addition of *apò* occasionally may be due either to the weakened sense of *-then* or to a fuller expansion of its true idea". En favor de la primera explicación, se cita la segunda edición de la gramática de F. Blass (1902).

<sup>13</sup> El fenómeno podría ser paralelo al antes observado para el latín, y corroborarse con los usos griegos tardíos de *eis*, *prós* y *pará* con acusativo, en sentido de reposo.

<sup>14</sup> F. Blass-A. Debrunner, *Grammatik des neutestamentlichen Griechisch*, bearbeitet von F. Rehkopf (Göttingen 1976) 104.

<sup>15</sup> Así interpreto los datos, de concisión un tanto "telegráfica", de la citada gramática.

1) Empleos de *-then* de acuerdo con el uso clásico, y conservando su fuerza originaria.

2) Casos en que el sufijo aparece anquilosado (“erstartt”) y desprovisto de significación. Se indica que ello ocurre con preponderancia (“meist”) —como ya en ático— para los adverbios *ésōthen*, *éxōthen*, y *kuklóthen*, totalmente (“vollends”) —ya desde la antigüedad— para *émprosthen* y *ópisthen*. En nota, se estudian sumariamente los diversos pasajes.

3) Adverbios de creación tardía: (*apó*) *makróthen*, junto al ático *pórrōthen*, al que, prácticamente, desplaza; y *ek paidióthen*. Se añade que falta en el Nuevo Testamento el clásico *eggúthen*. Y, en nota, se reseñan, sucintamente, los usos de los otros tres adverbios. Para el objetivo de este estudio, destaquemos que se señala como razón para el uso de *apó* el hecho de que *-then* ha quedado anquilosado (“erstartt”). Para la distribución de casos con o sin preposición, se citan Lc 18,13 y 22,54 como ejemplos de empleo del adverbio simple<sup>16</sup>, y todos los demás casos para el uso con *apó*, indicando la existencia de l.v. sin la preposición en Mt 26,58.

Pero la situación real que se deduce del estudio de las variantes es algo diferente, y podríamos resumirla así:

1) No hay un solo caso en el Nuevo Testamento en que *makróthen* no vaya precedido de *apó*, al menos en alguna variante.

2) De los catorce casos del Nuevo Testamento, en cinco<sup>17</sup> hay indecisión textual entre el uso con o sin *apó*, mientras

<sup>16</sup> En la edición 9<sup>a</sup> se citaba Lc 18,13 como único caso de uso sin l.v. *apo*. En realidad, en ambos casos existe l.v. con *apó*. Cf. los citados pasajes en la edición manual de A. Merk, *Novum Testamentum Graece et Latine* (Roma 1957). C. Tischendorf (*Novum Testamentum Graece* I [Lipsiae 1869]) sólo trae l.v. con *apó* para Lc 22,54.

<sup>17</sup> Mt 26,58; 27,55; Lc 18,13; 22,54; 23, 49. Prescindimos de la mayor o menor probabilidad, por criterios extrínsecos, de cada uno de los usos. Como puede notarse, la pugna entre las dos formas se da en Mt-Lc, mientras que el uso exclusivo con *apó* aparece en Mc-Apc. Al hablar de uso exclusivo, me refiero a lo que se deduce del aparato crítico de las ediciones manuales corrientes. Tischendorf (*o.c.*, I [Lipsiae 1869]; II [Lipsiae 1872]) aduce l.v. sin *apó* para todos los casos, salvo Mc 15,40; Lc 16,23 y los tres de Apc.

que en el resto, al parecer, sólo se documenta la construcción “pleonástica” *apò makróthen* <sup>18</sup>.

Las consecuencias que se deducirían de este estado de cosas podrían ser éstas <sup>19</sup>: 1) Que la lengua griega tardía tenía una marcada tendencia al uso “pleonástico”, en paralelo con lo que pudimos observar para el caso del latín-castellano; 2) que esa tendencia chocaba con una corriente “purista” y racionadora, que tendía a eliminar el “pleonasma”, y 3) que el fenómeno se encuadraría en un marco más amplio, como choque de constantes en la historia de la lengua, y que es lo que marca el objetivo de nuestro estudio.

Pero la situación se complica aún más si se tiene en cuenta que los pretendidos usos “pleonásticos” se daban ya en la lengua primitiva. Usos como *apò Troiēthen* o *ex ouranóthen* <sup>20</sup> son homéricos. Sin ánimo de entrar en un terreno en que no estoy especializado, me atrevería a sugerir esta doble explicación: a) O bien asistimos a uno de tantos casos en que la lengua primitiva se da de mano con los usos tardíos, por debajo de la normativa clásica; b) o bien se ha producido un cambio de sistema estructural: *-then* tenía en la lengua antigua un doble uso: 1) como desinencia de “ablativo” en sentido estricto (lugar “de donde”), y 2) como desinencia de genitivo (sobre todo, con los pronombres). Ese doble uso pudo llevar a la necesidad de especificación con el empleo de preposiciones. Pero, perdido más tarde el uso genitival, y sistematizado el empleo

<sup>18</sup> En E. Hatch-H. A. Redpath, *A Concordance to the Septuagint* (Graz 1897 [Nachdr. 1954]), s.v. *makróthen*, se citan cinco casos de uso con *apó*, sobre un total de unas cuarenta documentaciones del adverbio. Prescindo de entrar más a fondo en este aspecto del uso del adverbio (con o sin preposición) en las versiones griegas del Antiguo Testamento.

<sup>19</sup> No me ha sido posible utilizar directamente el libro de M. Lejeune, *Les adverbies grecs en -then* (Bordeaux 1939), ni la obra de Apollonios Dyskolos, *De Adverbiis*.

<sup>20</sup> Cf. E. Schwyzer, *Griechische Grammatik I* (München <sup>2</sup>1953 [= 1938]) pp. 627-628; H. G. Liddell-R. Scott, *A Greek-English Lexicon* (Oxford <sup>9</sup>1940 [Repr. 1951]), s.v. *-then, makróthen* (ni en el suplemento de E. A. Barber [A Supplement, Oxford 1968], ni en la obra de R. Renehan, *Greek Lexicographical Notes* [Göttingen 1975] se añade nada de interés sobre el uso del sufijo).

del sufijo con valor adverbial de procedencia, se hizo innecesaria la citada especificación, hasta que el sufijo, por las razones que fuera, se fue vaciando de contenido semántico.

### C. El modelo hebreo "bān<sup>e</sup>tā<sup>h</sup>"

El fenómeno <sup>21</sup> que pasamos a estudiar ahora es un hecho de lengua, propio, en cuanto alcanzan mis conocimientos, de la lengua hebrea <sup>22</sup>, y generalizado durante todo el estadio de su desarrollo como lengua bíblica <sup>23</sup>. Se trata de la acumulación del sufijo femenino *-a(t)* en los verbos de III *y/w*. Los pasos son bien sencillos, y pueden sintetizarse así: en hebreo, a diferencia de otras lenguas semíticas <sup>24</sup>, la 3.<sup>a</sup> p. sg. f. de la forma sufijada de la conjugación, el "perfecto" de las gramáticas tradicionales, perdió la *-t*, a semejanza del estado absoluto de la "flexión" nominal, con la que guardaba un estrecho paralelismo, por su origen. Pero en los verbos de III *y/w* <sup>25</sup>, esa pérdida, de haberse

<sup>21</sup> Por tratarse de un fenómeno sobradamente conocido, resulta inútil la cita en concreto de bibliografía, salvo para casos especiales. Dada la premura del tiempo, he tenido que limitarme a las obras que me resultaban de acceso inmediato. En el *Apéndice I* se aducen las obras que he consultado, para este apartado y para el siguiente, y que, en adelante, se citarán, simplemente, por el nombre del autor (o, en caso de ambigüedad, añadiendo la abreviatura del título de la obra).

<sup>22</sup> No parece que tengan relación con él los casos neobabilónicos de vocal añadida sobre la *-t*, como *našāta*. Cf. W. von Soden, *GAG* 75 c 11). Los ejemplos ocasionales en arameo talmúdico pueden ser hebraísmos.

<sup>23</sup> Salvo las excepciones, recogidas generalmente en las gramáticas de hebreo bíblico, y a las que aludiremos más adelante (cf. *Apéndice II*).

<sup>24</sup> Como es sabido, la pérdida de la *-t* en la 3.<sup>a</sup> p. sg. f. del pf. es paralela al fenómeno similar en los nombres femeninos en *-at*. Pero la situación en las diversas lenguas semíticas es bastante compleja. Véase *Apéndice II*.

<sup>25</sup> Utilizo la terminología gramatical tradicional, prescindiendo del complicado problema de la verdadera naturaleza de estos verbos. Cf., recientemente, W. Diem, *Die Verba und Nomina tertiae infirmae im Semitischen*: ZDMG 127 (1977) pp. 15-60, quien, sin embargo, no parece tener en cuenta el no siempre claro esquema de dicha conjugación en ugarítico (cf. C. H. Gordon, *UT* 9.51 y 9.52). Es de sobra sabido que los verbos de III ' se fundieron con los de III *y/w* en arameo, y de ello existen ya ejemplos en hebreo bíblico, y, especialmente, en hebreo qumránico y rabínico (Kutscher, *Scroll* p. 343; Segal, *Grammar* 198).



llevado a cabo, hubiera supuesto la total homofonía de las formas m. y f. de dicha persona, contra una conocida *tendencia* de las lenguas semíticas a diferenciar el género gramatical en el verbo <sup>26</sup>. Ello dio lugar al mantenimiento de la *-t* de la 3.<sup>a</sup> p.sg.f. en dichos verbos; estadio de la lengua del que quedan restos bien documentados en el hebreo bíblico <sup>27</sup>, y que constituye el nivel standard en arameo. Pero, mientras que en esta última lengua no había problema en mantener un binomio m./f. = *b<sup>e</sup>nā<sup>h</sup>/b<sup>e</sup>nat*, ya que era normal en *todo* verbo la conservación de la *-t* del femenino singular, en el caso del hebreo, la fuerza de la analogía con el resto de los verbos llevó a la readición del sufijo *-at*, en su forma *-ā<sup>h</sup>*, sobre la *-t* del propio sufijo preexistente, que funcionaría ya, de hecho, como tercera radical. El esquema, pues, podría simplificarse así:

3.<sup>a</sup> p.sg.m.3.<sup>a</sup> p.sg.f.

Verbo normal: *qatal-a*>*qāṭal*      *qatal-at*> *qāṭālā<sup>h</sup>*> *qāṭ<sup>e</sup>lā<sup>h</sup>*  
 Verbo III y/w: *bana(y)-a*>*bānā<sup>h</sup>*      *bana(y)-at*> *bānāt*

La simple sinopsis ayuda a comprender cuál pudo ser la fuerza analogizante que provocó la readición del sufijo <sup>28</sup>. Una

<sup>26</sup> Así explican el fenómeno, por ejemplo, Bauer-Leander, *Hebr.* 57 u. Pero en púnico tardío, al parecer, se confundieron las dos formas, masculina y femenina, de la 3.<sup>a</sup> p.sg. del pf. de estos verbos, a menos que se admita un juego m. \**banō* - f. \**banā*, como parecen insinuar Friedrich-Röllig (*PPG* 176 b. c).

<sup>27</sup> Cf. *Apéndice II*. La forma *hyt* se documenta en la inscripción de Siloé, y aparece también en IQIs<sup>1</sup> y en hebreo mišnaico (cf. especialmente Kutscher, *Scroll* p. 342 y EJ XVI col. 1599). En cambio, algunas de las formas en *-t* del TM aparecen en el Pt Samaritano como *-tā<sup>h</sup>* (cf. Macuch 62). Y en arameo talmúdico babilónico pueden encontrarse formas en *-etā<sup>h</sup>* (Levias 200). Otra solución posible consistía en la conservación de la presunta tercera radical *yōd*. El ejemplo bíblico más claro es el uso de *hāsāyā<sup>h</sup>* en S1 57,2 (cf. Bauer-Leander, *Hebr.* 57 v). M. Dahood (*Psalms* II [Garden City, NY, 1968] p. 50 a.l.) lo compara con el ugarítico *mg<sup>h</sup>yt* y con formas del antiguo fenicio de Biblos, como *ly*. Pero lo interesante sería saber cómo podría funcionar, a nivel estructural, el juego m.-f. de la 3.<sup>a</sup>p.sg. del pf. en dichos verbos, ya que en ugarítico se conservaba la *-t*, y en antiguo fenicio no se documentan ejemplos de la forma f. En la Biblia no aparece la 3.<sup>a</sup> p.sg. m. del pf. de la raíz *hsy*.

<sup>28</sup> Tal vez pudo influir también, más o menos subconscientemente, el esquema de los nombres femeninos con y sin sufijo, modelo *sūsā<sup>h</sup>*-*sūsātō*.

fuerza que no tenía por qué obrar en un esquema como —por citar una lengua próximamente emparentada con el hebreo— el del arameo: *q<sup>e</sup>tal/qiṭ<sup>e</sup>lat // b<sup>e</sup>nā<sup>h</sup>/b<sup>e</sup>nat*.

Por el momento, y con vistas al objetivo de nuestro estudio, nos basta con señalar el hecho de la duplicación del morfema.

#### D. *El modelo arameo “yômôhî”*

En arameo existe otro caso, sobradamente conocido, de repetición de un mismo sufijo: el del pronombre de 3.<sup>a</sup> p.sg.m. con nombres en plural o dual <sup>29</sup>.

Como es sabido, la evolución de las formas en dicho caso corre, prácticamente, paralela en hebreo y arameo <sup>30</sup>. Pero con una diferencia de cronología, ya que idénticos fenómenos se produjeron en arameo, al parecer, en época más temprana que en su próximo pariente. La fijación por la escritura <sup>31</sup> se en-

<sup>29</sup> O singular en *-ay*, frente al hebreo, que, en este caso, siguió, normalmente, la solución *-êhû*. Para el caso de las preposiciones en *-ay*, ambas lenguas siguieron la misma solución que para el plural-dual: hebr. *cālā(y)w*, arm. *całôhî*.

<sup>30</sup> Para el hebreo, cf., por ejemplo, Brockelmann, *GvG* 40 l, 105 f; Genenius-Kautzsch 91 h, i c); Bauer-Leander, *Hebr.* 25 l, 29 l'; *Joiion* 94 d; M. Lambert 320; Schneider p. 66 nt. 3. Para el arameo. Brockelmann, *GvG* l.c.; Bauer-Leander, *Arm* 17 l; Palacios, *Arm.* p. 49 nt. 4. En hebreo cabe también la solución *-ayhû* > *-êhû* (Bauer-Leander, *Hebr.* 29 v; Schneider p. 66, nt. 3). Dicha solución (con la posibilidad también de la pérdida de la *-h-*) sería la típica del hebreo premasorético, según K. Beyer (p. 11 nt. 2, p. 37, p. 40). En arameo, fuera del ya'údico, que parece conservar la forma primitiva *-ayhu* (quizás apocopada y contraída en *-ayh* > *-êh*), y de alguna otra forma dialectal (cf. la forma *-ayhi* de Uruk, citada por Segert, *Aa.* 5.1.3.3.6), la forma *-ôhî* parece ser primitiva, y estar detrás de la escritura defectiva *-wh* del arameo de las inscripciones. Tal es la interpretación de Segert (*Aa.* 5.1.3.3.6), frente a Degen (36 [p. 58]), quien pone como dificultad el hecho de que en dicho tipo de arameo no se pierde la *-h-* intervocálica. En el arameo tardío, puede perderse la *-h-* de *-ôhî* (Stevenson 13; Dalmau 41.2 [p. 204-205]; Marshall p. 9; Fitzmyer, *GA* p. 209; también en el arameo de Neofiti 1), y en talmúdico babilónico, además, aparecen otras formas divergentes, que no nos interesan por el momento (Levias 107; Margolis 22). En siríaco se conserva la forma *-aw(h)î*. Cf. también Kutscher, *twldwt...*, pp. 26.57-58.

<sup>31</sup> Ello plantearía la hoy tan debatida cuestión de si, y por cuánto tiempo, el hebreo postexílico fue lengua viva.

cargó, probablemente, de detener el avance en el caso del hebreo, diversificando así el resultado final. Para más claridad, transcribo en paralelo la presunta evolución, puramente “fonética”, en ambas lenguas:

I	II	III	IV
Hebreo: <i>yām-ay-(h)û</i>	<i>yāma(y)û</i>	<i>yāmāw</i>	—
Arameo: <i>yôm-ay-(h)û</i>	<i>yôma(y)û</i>	<i>yômaw</i>	<i>yômô</i>

El corrimiento cronológico a que aludíamos hizo que, mientras en hebreo el grado III se produjo en una época relativamente tardía, con posterioridad a la canonización del texto escrito, que refleja el grado anterior de evolución, y el diptongo *aw* no “tuvo tiempo” de contraerse en *ô*, en arameo, al parecer, se había producido ya este último paso —el IV de nuestro esquema— en época preliteraria. El grado siguiente de desarrollo es el que nos interesa fundamentalmente para el objetivo de nuestro estudio: enmascarado bajo el monoptongo *-ô* el primitivo sufijo pronominal<sup>32</sup>, mientras que la forma afijada al nombre singular *segúia* manteniendo suficientemente reconocible su presencia, la fuerza de la analogía llevaría a la readición de dicho sufijo. Partiendo del presunto esquema en que el sufijo para nombre singular presentaría aún la forma con vocal final —aunque ya inflexionada en *-î*<sup>33</sup>—, tendríamos:

Con nombre singular:	<i>yôm ē hî</i>	<i>yôm ē hî</i>	<i>yômēh</i>
Con nombre plural:	<i>yôm ô</i>	<i>yôm ô hî</i>	<i>yômôhî</i>

Y, con esto, damos por terminado nuestro trabajo<sup>34</sup>. Como dije al principio, quedaría ahora la labor fundamental: el tra-

<sup>32</sup> Y el signo del plural. Pero esto último no nos interesa.

<sup>33</sup> La forma en *-hî* del sufijo de 3ª p.sg.m., según Brockelmann (*GvG* 94 r, 105 f [p. 312]) y Bauer-Leander (*Arm.* 13 q), se habría originado por disimilación tras *û*, explicación recogida por Segert (*Aa.* 5.1.3.3.5). Pero quizás resulte más convincente la explicación de Brockelmann [*GvG* 105 f p. 311] para el árabe). Causa extrañeza la explicación de Levias (108): metátesis *-ayhû* > *-awhî* > *-ôhî*.

tar de profundizar en los mecanismos profundos que originan estos procesos. Pero ello desbordaría nuestro propósito actual, y nuestras disponibilidades de tiempo y espacio.

#### APENDICE I

##### *Bibliografía para los apartados C. y D.*

Para el hebreo, he revisado las gramáticas clásicas de W. Gesenius - E. Kautzsch, *Hebräische Grammatik* (Leipzig <sup>27</sup>1902); también la versión inglesa de la misma obra (sobre la alemana <sup>28</sup>1909) de A. E. Cowley (Oxford <sup>2</sup>1910 [Repr. 1952]); G. Bergsträsser, *Hebräische Grammatik* (Leipzig 1918-1929 [Las citas son de la II. Teil 1926-1929]); P. Joüon, *Grammaire de l'Hébreu Biblique* (Rome <sup>2</sup>1947); Mayer Lambert, *Traité de Grammaire Hébraïque* (2 éd... par G. E. Weil [Hildesheim 1972 = Paris 1946]); H. Bauer-P. Leander, *Historische Grammatik der hebräischen Sprache des Alten Testaments I* (Halle 1922 [Nachdr. Hildesheim 1965]) (citado Hebr.); R. Meyer, *Hebräische Grammatik II* (Berlin <sup>3</sup>1969). También, y aunque, generalmente no aportan datos de interés, las de T. O. Lambdin, *Introduction to Biblical Hebrew* (London 1973 [Repr. 1976]); J. Weingreen,

<sup>34</sup> Como indiqué al comienzo del artículo, los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente. Como botón de muestra, aduzco el que trae W. Weinberg, *Benötigt: eine Grammatik des gesprochenen Hebräisch*: Theokratia 2' (1970-72) pp. 389-413 (la cita es de p. 410). Se trata del empleo, en hebreo moderno, del adverbio *šammā<sup>h</sup>* con sentido de reposo, y, en consecuencia, la eventual adición de la preposición *le* para indicar movimiento: *le-šammā<sup>h</sup>*. Sólo que los dos fenómenos podrían tener ya precedentes incluso en la lengua bíblica (cf. F. Zorell, *Lexicon hebraicum Veteris Testamenti* [Roma 1968] s.v. *šām*, y la forma *lišu'atā<sup>h</sup>* de Sl 80,3 [cf. Joüon 93 j]). En las zonas rurales de los alrededores de Granada era frecuente oír la expresión *ak'é*, procedente del antiguo castellano *a/en cas de*, con aspiración de la -s y elisión de la -d- y la a. Naturalmente, la mayoría de los hablantes tenían conciencia más o menos vaga del origen de la expresión. Pero recuerdo haber oído decir a una niña pequeña que su madre estaba "ak'é casa de su tía". También podía oírse la expresión *mititilla* < *mi(a)jitilla*, en la que se han acumulado, además del lexema diminutivo *mica*, tres morfemas con valor diminutivo-expresivo.

*A Practical Grammar for Classical Hebrew* (Oxford 1959 [Repr. 1969]); J. F. A. Sawyer, *A Modern Introduction to Biblical Hebrew* (Stocksfield 1976); J. Blau, *A Grammar of Biblical Hebrew* (Wiesbaden 1976); W. Schneider, *Grammatik des biblischen Hebräisch* (München 1978 [= 1974]). Para el hebreo no masorético, especialmente R. Macuch, *Grammatik des samaritanischen Hebräisch* (Berlin 1969); E. Y. Kutscher, *The Language and Linguistic Background of the Isaiah Scroll* (1 Q Isa<sup>a</sup> (Leiden 1974 (citado *Scroll*); K. Beyer, *Althebräische Grammatik* (Göttingen 1969); M. H. Segal, *A Grammar of Mishnaic Hebrew* (Oxford 1927) (citado *Gramm*; Idem, *dqwq lšwn hmšnh* (Tel-Aviv 1936); E. J. Kutscher, *Mišnische Hebräisch: Rocznik Orientalistyczny* 28 (1964) p. 35-48; Ch. Albeck, *Einführung in die Mischna* (Berlin-New York 1971) p. 189-198. Además, el conspectus de historia de la lengua hebrea, por varios especialistas, en *Encyclopaedia Judaica* XVI (Jerusalem 1971) col. 1560-1662 (citado EJ XVI); C. Rabin, *A Short History of the Hebrew Language* (1973); Idem, *Hebrew*: en T. A. Sebeok (Ed.), *Current Trends in Linguistics*, vol. VI (The Hague 1970) p. 304-346. Para el problema de las lenguas semíticas, desde el punto de vista comparativo, C. Brockelmann, *Grundriss der vergleichenden Grammatik der semitischen Sprachen* I (Berlin 1908 [Nachdr. Hildesheim 1966]) (citado *GvG*); S. Moscati - A. Spitaler - E. Ullendorff - W. von Soden, *An Introduction to the Comparative Grammar of the Semitic Languages* (Wiesbaden 1964) (citado *ICGSL*). Además, C. H. Gordon, *Ugaritic Textbook, Grammar* (Roma 1965 [Reed. 1967]) (citado *UT*); G. Furlani, *Grammatica babilonese e assira* (Roma 1949); Z. S. Harris, *A Grammar of the Phoenician Language* (New Haven 1936); J. Friedrich-W. Röllig, *Phönizisch-punische Grammatik* (Roma 1970) (citado *PPG*); S. Segert, *A Grammar of Phoenician and Punic* (München 1976) (citado *GPP*); W. von Soden, *Grundriss der akkadischen Grammatik, samt Ergänzungsheft* (Roma 1969 [= 1952]) (citado *GAG*); A. Ungnad-L. Matouš, *Grammatik des Akkadischen* (München 1969); M<sup>a</sup> Höfner, *Altsüdarabische Grammatik* (Leipzig 1943); A. Dillmann, *Grammatik der äthiopischen Sprache* 2. Auflage von C. Bezold (Leipzig 1899); M. Chaine, *Grammaire Éthiopienne* (Beyrouth 1938). Para el árabe clásico me

han sido de especial utilidad las indicaciones de H. Fleisch, *Traité de Philologie Arabe, I Préliminaires, Phonétique, Morphologie nominale* (Beyrouth 1961), y agradezco a los miembros del Departamento de Árabe de la Universidad de Granada, especialmente al Dr. Fórneas Besteiro, las valiosas informaciones sugeridas. Finalmente, para el grupo de lenguas del tronco arameo, he utilizado las gramáticas clásicas de H. Bauer-P. Leander, *Grammatik des Biblisch-aramäischen* (Halle 1927 [Nachdr. Hildesheim-New York 1969]) (citado *Arm.*); L. Palacios, *Grammatica Aramaico-Biblica* (Roma 1959) (citado *Arm.*); F. Rosenthal, *A Grammar of Biblical Aramaic* (Wiesbaden 1963); K. A. Kitchen, *The Aramaic of Daniel: en Notes on Some Problems in the Book of Daniel* (London 1965) p. 31-79; R. Degen *Altaramäische Grammatik der Inschriften des 10.-8. Jh. v. Chr.* (Wiesbaden 1969); S. Segert, *Altaramäische Grammatik mit Bibliographie, Chrestomatie und Glossar* (Leipzig 1975) (citado *Aa*); C. Levias, *A Grammar of the Aramaic Idiom Contained in the Babylonian Talmud. With Constant Reference to Gaonic Literature* (Cincinnati 1900 [Repl. Farnborough 1971]); M.L. Margolis, *Lehrbuch der aramäischen Sprache des babylonischen Talmud* (München 1910); W. B. Stevenson, *Grammar of Palestinian Jewish Aramaic* (Oxford 1924; 1962 [Repr. 1974]); G. Dalman, *Grammatik des jüdisch-palästinischen Aramäisch* (Leipzig 1905 [Nachdr. Darmstadt 1960]); J. T. Marshall, *Manual of the Aramaic Language of the Palestinian Talmud* (Leyden 1929); E. Y. Kutscher, *Studies in Galilean Aramaic* (Ramat-Gan 1976); F. Schulthess, *Grammatik des christlich-palästinischen Aramäisch* (Tübingen 1924 [Nachdr. Hildesheim 1965]). Además, el conspectus de la evolución de la lengua aramea de E. Y. Kutscher, *Aramaic: en Encyclopaedia Judaica III* (Jerusalem 1971) col. 260-287; Idem, *Aramaic: en T. A. Sebeok (Ed.), Current Trends in Linguistics*, vol. VI (The Hague 1970) p. 347-412; Idem, *twldwt h'rmyt, hlq'* (yrwšlym tšl'w); F. Rosenthal, *Die aramaistische Forschung* (Leiden 1939); G. R. Driver, *Aramaic Documents of the Fifth Century B. C.* (Oxford 1957 [Repr. 1965]); J. A. Fitzmyer, *The Aramaic Inscriptions of Sefire* (Rome 1967); Idem, *The Genesis Apocryphon of Qumram Cave 1. A Commentary* (Rome 1971) (citado *GA*); *The Targum of Isaiah* (Oxford 1953); J. P. M. van der Ploeg-A. S. van der Woude (Ed.), *Le Targum de*

*Job de la Grotte XI de Qumrán* (Leiden 1971); M. Sokoloff, *The Targum to Job From Qumran Cave XI* (Ramat-Gan 1974); A. Diez Macho, *El Targum. Introducción a las traducciones arameicas de la Biblia* (Barcelona 1972) p. 31-73; Idem, *La lengua hablada por Jesucristo* (Madrid 1976); Idem, Introducciones a los diversos tomos de *Neophyti 1, Targum palestinense. Ms. de la Biblioteca Vaticana. Edición príncipe, introducción y versión castellana* (Barcelona 1968 y ss.). Para el campo concreto del siríaco: L. Palacios, *Grammatica Syriaca* (Roma 1954); A. Ungnad, *Syrische Grammatik* (München 1932); C. Brockelmann, *Syrische Grammatik* (Leipzig 1951); L. Costaz, *Grammaire Syriacque* (Beyrouth 1955); T. H. Robinson, *Paradigms and Exercises in Syriac Grammar* (London 1949). Lamento, especialmente, no haber podido utilizar de primera mano la gramática de arameo babilónico de J. N. Epstein (Jerusalem 1960), así como las obras de R. Macuch, *Handbook of Classic and Modern Mandaic* (Berlin-New York 1965) y P. E. Dion, *La langue de Ya'udi* (Waterloo, Ont. 1974). Tampoco me ha sido posible utilizar, salvo por referencias y resúmenes, las tesis doctorales, sobre la lengua de Neofiti 1, de Teresa de Jesús Martínez, Emiliano Martínez Borobio y B. B. Levy. He decidido renunciar a la consideración de los fenómenos estudiados en el eblaíta, dado lo fragmentario y confuso de los datos que por el momento poseemos sobre dicha lengua.

## APENDICE I I

### *El sufijo femenino "-at" en las lenguas semíticas*

Existen lenguas, como todas las de las familias acádica y etiópica, el antiguo sudarábigo y el ugarítico, que conservan la *-t* en ambos casos (aunque con posibilidad de transformación fonética). Otras, entre las que se cuentan la generalidad de los dialectos árabes y la mayor parte de la familia aramea, pierden la *-t* (parcialmente) en el nombre, y la conservan en el verbo. El antiguo fenicio presenta la situación inversa: conservación de la consonante en el nombre y pérdida en el verbo. Finalmente, en hebreo, en arameo talmúdico babilónico y en mandeo

(parcialmente), en neopúnico y en soqotri, la pérdida se da en ambas categorías gramaticales. Pero el esquema que acabamos de reproducir (cf. Brockelmann, *GvG* 225 *A* y 262 *b*) no deja de ser una simplificación, que plantea multitud de problemas. Está, en primer lugar, el de la *forma* misma del morfema: un solo sufijo primitivo *-at*, con dos posibilidades fonéticas, *-at* y *-(a)t > -t*, o dos sufijos originarios distintos ( y alternando con otros de idéntica o parecida función). Después, el interrogante sobre el sentido originario del morfema, que, según muchos autores, sólo secundariamente habría evolucionado a significar el "género" femenino. Ambas cuestiones, discutidas desde antiguo, fueron tratadas exhaustivamente por H. Fleisch, *Traité de Philologie Arabe*, vol. I (Beyrouth 1961) ch. IV. Cf. también W. von Soden, *GAG* 60, 1; S. Segert, *Aa.* 5.2.24.1; A. van Selms, *Some Reflections on the Formation of the Feminine in Semitic*: en *Near Eastern Studies...* W. F. Albright (Baltimore - London 1971) p. 421-431; G. Janssens, *The Feminine Ending -(a)t in Semitic*: *OrLovPer* 6/7 (1975/76) p. 277-284. No me ha sido posible consultar directamente el libro de F. Aspesi *La distinzione dei generi nel nome antico egiziano e semitico* (Firenze 1977). La pérdida de la *-t* en el nombre y en el verbo se ha explicado de diversas maneras. La hipótesis de Friedrich Röllig (*PPG* p. 17 nt. 1): conservación de la *-t* en el nombre, en la lengua antigua, por su apoyo en la vocal casual, frente a su pérdida en el verbo, y en el nombre en los estadios posteriores de la lengua, por faltar dicho apoyo vocálico, parece a primera vista plausible. Pero falla para el caso del arameo, que presenta una situación totalmente opuesta. Y está sujeta, además, a la diversidad de apreciaciones existentes sobre las desinencias casuales en semítico (cf., recientemente, W. Diem, *Die nabatäischen Inschriften und die Frage der Kasusflexion im Altarabischen*: *ZDMG* 123 [1973] p. 227-237; Idem, *Gedanken zur Frage der Mimation und Nunation in den semitischen Sprachen*: *ZDMG* 125 [1975] p. 239-258; y los problemas suscitados por el descubrimiento del eblaíta). La explicación tradicional, desde Brockelmann, de que la pérdida habría comenzado a producirse en situación pausal, pasando por un grado de sustitución por *-h*, y de ahí se habría propagado a la situación con-



textual, es cuestionada en S. Moscati et al., *ICGSL* 12.33. Por otra parte, a todos los estudiantes de hebreo y arameo bíblicos creo que les ha chocado siempre la diferencia de intensidad en el tratamiento de ambas lenguas: en hebreo, sólo la terminación *-at* pierde, en st.abs., la *-t* en el nombre, mientras que el arameo, que conserva la *-t* en el verbo, extiende su pérdida a las terminaciones nominales en *-ît*, *-ût* y *-ât* (del plural, no de las formas singulares en *-ât* < *-awat*). El problema de si pudo influir en la conservación de la *-t* del verbo la tendencia a la segolización en arameo, incluso en las formas aparentemente no segolizadas, es algo que desborda nuestro propósito actual. La situación tampoco es exactamente igual en hebreo-araméo y en árabe respecto al nombre en *-at*: en árabe, de suyo, la pérdida no depende del "estado" del nombre, sino del hecho de que le siga palabra que empiece por vocal (cf. J. A. Haywood-H. M. Nahmad, *A New Arabic Grammar of the Written Language* [London 1965, Repr. 1976] p. 5). En cuanto a la fecha en que empezó a producirse la pérdida de la *-t*, suele notarse que, en el ámbito cananeo, aún se conserva la *-t* nominal en moabítico y fenicio —y, por supuesto, en ugarítico si se incluye dentro de dicho grupo—; en cambio, la pérdida de la *-t* del verbo se da ya en antiguo fenicio. Brockelmann (*GvG* p. 571) cita la forma amarnense *abada*; pero parece ser un error (cf. *ICGSL* 16.43; *PPG* 42). No me ha sido posible aún confrontar la discutida "inscripción" hebrea del s. XII-XI a.C., de que se da noticia en BA 39 (1976) p. 87 y 40 (1977) p. 6. Para el verbo, las gramáticas de hebreo bíblico suelen citar una serie de casos de conservación de la *-t*, tanto en el verbo fuerte como —y nos interesa especialmente— en los verbos de III *y/w* (o de III '). Cf., por ej., Bergsträsser 4 a. 29 e. 30 l. Los autores han oscilado, tradicionalmente, en la explicación de estos casos, considerándolos o bien como arcaísmos o como aramaismos (cf. especialmente E. Y. Kutscher, *Scroll* p. 191; Idem, *EJ* XVI col. 1959), sin que falten las alusiones a un posible carácter dialectal, a razones contextuales o —en el caso de los verbos de III *y/w*— a escritura defectiva. En arameo, la *-t* del nombre en st.abs. falta ya desde las primeras inscripciones, aunque se conserve, excepcionalmente, en casos que, según R. Degen (p. 54 nt. 24), habría que considerar como segolados o

como arcaísmos. También en los papiros de Hermópolis (s. V a.C.) aparece ocasionalmente la *-t* nominal (cf. S. Segert, *Aa.* 5.2.2.4.6). Para la *-t* del plural nominal en st abs., coexisten la pérdida (y sustitución por *-n*) y la conservación en el arameo de las inscripciones (Degen 34.4; el ya'údico, sólo *-t*). En cambio, ya en IQ72 encontramos la forma *'dh* para el masorético *'dt* de Dn 3,27 (cf. Segert, *Aa.* 3.7.4.1.3), y esa solución aparece de modo casi generalizado en el arameo babilónico (Levias 200; Margolis 29 y 52) y, ocasionalmente, en el palestinese (Dalman 60.1). A la inversa, el hebreo mišnaico presenta una mayor tendencia a las formas en *-t* para los verbos de III *y* y III ' (Segal, *Grammar* 198 y 204; Kutscher, EJ XVI col. 1599; Idem *Scroll* p. 343 y p.191, para posibles casos en otros tipos de verbos). La explicación tradicional de estos fenómenos se basaba en el presunto influjo mutuo de las dos lenguas, hebrea y aramea, durante la época de bilingüismo; pero véase el juicio dubitativo de Kutscher (EJ XVI col. 1959), inclinado más bien a ver en las formas mišnaicas y premišnaicas en *-t* el influjo de un dialecto hebreo no bíblico, de acuerdo con una tendencia actual, bastante extendida (y quizás exagerada por C. Rabin, *Hebrew and Aramaic in the First Century*: en S. Safrai-M. Stern [Ed.], *The Jewish People in the First Century* II [Assen-Amsterdam 1976] p. 1007-1039).

Para algunos de los aspectos tocados en este apéndice, pueden consultarse también: S. C. Reif: JSS 23 (1178) pp. 119-122 (rec. de T. Kronholm, *Seder R. Amram Gaon. Part II* [Lund 1974]); A. van den Branden, *L'iscrizione neopunica di Sulcis, CIS, 151*: BbbOr 19 (1977) pp. 273-277; C. R. Krahmalkov, *On the Third Feminine Singular of the Perfect in Phoenician-Punic*: JSS 24 (1979) pp. 25-28; A. Tal, *The Language of the Targum Of the Former Prophets* (en hebreo) (Tel-Aviv 1975) espec. p. 76; A. Díez Macho, *Neophyti* 1, t. V (Madrid 1978) pp. 23\* nt. 1 y 130\*.